

cusiones; mas por lo visto quereis comenzarlas de nuevo. Si yo impedí que se publicase vuestro discurso, fué porque en él os permitisteis dar consejos inconvenientes.» — «El rey me perdonará; pero ni mis intenciones ni mis palabras podian tener ese sentido; pedir libertad y no proteccion es quizá la peticion mas moderada que la Iglesia puede hacer.» — «Pues yo no lo entiendo así.... con vuestras peticiones y vuestros periódicos sembrais en todas partes la turbacion...» — Y pasando en seguida á otra cosa, me dijo: «Así, por ejemplo, yo sé que hace poco habeis reunido un concilio en San German.» — «No es un concilio lo que hemos reunido; lo que hay es que vinieron á verme varios obispos, sufragáneos y amigos míos, y con este motivo hemos tratado de diferentes puntos de disciplina eclesiástica.» — «Eh! bien decia yo que habiais formado un concilio; pues sabed que no teneis derecho para ello.» — Hasta entonces, referia el arzobispo, habia respondido al rey con mucha deferencia y evitando casi hasta el mirarle; pero al oír esas palabras levanté los ojos, y fijándolos en los suyos, le dije con firmeza: «Disimuladme, señor; pero tenemos derecho para ello, porque la Iglesia ha tenido siempre el derecho de reunir sus obispos para arreglar lo que pudiera ser útil á sus diócesis.» — «Esas son vuestras pretensiones; pero yo me opondré á ellas; por otra parte se me ha dicho tambien que habeis enviado un embajador al Papa, y hasta sé que ha sido para pedirle indulto de poder comer de carne los sábados.» — «Es verdad, señor, que hemos enviado un eclesiástico á que pida varias cosas al Papa; pero todos los fieles tienen derecho para ello, y por consiguiente y con mayor razon los obispos.» — «Y qué mas le habeis pedido? Quiero saberlo.» — «Si esto fuera un secreto mio solamente, en seguida se lo diria al rey; pero

no es solo un secreto mio, sino tambien de mis colegas, y así no puedo decirselo al rey...» — Al oír estas palabras, levantóse bruscamente el rey, cuyos ojos centelleaban de ira, y agarrándome del brazo, me dijo: «Arzobispo, acordaos que se ha roto mas de una mitra....» — Yo me levanté tambien y le dije: «Es verdad, señor; pero Dios conserve la corona del rey, porque tambien se han visto rotas algunas coronas.» — Tal ha sido mi última audiencia con Luis Felipe. A los dos dias me presenté con mi clero á la audiencia, le cumplimenté de palabra deseándole buena salud; y despues con mis palabras se formó un discurso bastante largo y se insertó en el *Monitor* como si yo le hubiese pronunciado.»

Por esta relacion del arzobispo, Sr. Affre, publicada en los *Anales de Filosofia cristiana* (1), se vé confirmada la idea de que la politica de los Orleans como la de los Borbones y de Bonaparte, y generalmente de todos los gobiernos modernos, para con la Iglesia de Dios, es la de tenerla en la esclavitud en beneficio de su dinastía. Ya vimos caer á Bonaparte y á los Borbones; ahora vamos á ver la caída de los Orleans.

En febrero de 1848 encontrábase esta familia en el colmo de la prosperidad: Luis Felipe admitido en el rango de los primeros soberanos de Europa, sus hijos establecidos convenientemente, terminada la guerra de África con la sumision del jefe de los árabes, ejércitos numerosos y fieles, la mayoría de una y otra Cámara sinceramente adicta, un año abundante que sucedia á otro de escasez; nada parecia faltar, solo se temia una cosa, la muerte del rey seguida de

(1) Número 103, perteneciente al mes de julio de 1848.

una regencia. No muere el rey; pero con ocasion de un banquete ocurre una revolucion completa que nadie habia previsto, y la dinastía de Orleans se ve espulsada tan de improviso que ni siquiera tiene tiempo de proveerse de ropa y demas necesario para el viage. El eco de esta revolucion conmovió por sí solo á todos los reyes y pueblos de Europa; los cuales ven con asombro que las bases de todos los imperios, de todos los reinos, de todas las repúblicas, de todas las familias, y de todas las propiedades, se encuentran minadas, carcomidas, calcinadas, reducidas á polvo, y reemplazadas por un volcan que de un momento á otro amenaza sumir á todas las sociedades humanas en un comun incendio. Pueblos y reyes se turban, se renunen, se chocan y se esfuerzan por sostener el mundo que se derrumba con constituciones y leyes de papel. Solo la Iglesia de Dios, edificada sobre la piedra, aparece tranquila y confiada, con su santa gerarquía de pueblos unidos y sumisos á sus sacerdotes, de sacerdotes unidos y sumisos á sus obispos, de obispos unidos y sumisos al Vicario de Jesucristo, de Jesucristo que está con ella todos los dias hasta la consumacion de los siglos y que ha dado su palabra de que «las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»

De 1848 á 1852.

LA IGLESIA Y EL MUNDO EN LA MITAD DEL SIGLO XIX.

La Iglesia católica es el reino de Dios sobre la tierra, para agregar á él en el tiempo á los hombres de buena voluntad y formar con ellos una sociedad eternamente bienaventurada con Dios y sus fieles ángeles en el cielo. El mundo es el reino de Satanás sobre la tierra, donde recluta hombres que se le ase-

mejan, para formar con ellos una sociedad eternamente desgraciada con sus ángeles infieles en el infierno. Hasta un pagano, Tacito, dejó escrito: «Corromper y dejarse corromper, hē ahí lo que se llama mundo:» *Corrumpti, et corrumpere saeculum vocatur*; por consiguiente lo opuesto, que se llama Iglesia, es santificarse á sí mismo y santificar á los demas.

Hemos visto la série é historia de estos dos reinos, desde su origen hasta nuestros dias. Hemos visto al Dios vivo y verdadero, al Dios del cielo y de la tierra, hacer que el mundo mismo con el príncipe de este mundo y el Dios de este siglo sirviesen á los desig-nios de su bondad, de su misericordia y de su justicia. Hemos visto á los cuatro grandes imperios del hombre, en que Satanas se hacia adorar en los idolos, servir de preparacion material al imperio de Dios. Roma pagana se convierte en Roma cristiana, el príncipe de este mundo es arrojado fuera. Ya no se vé en ella el trono sanguinario de los Césares idólatras é idolatrados; sino el trono pacífico del Salvador de los hombres, la cruz desde cuya cumbre atrae á sí todas las cosas; sino el trono ó la Silla de su vicario el príncipe de los apóstoles, el bienaventurado Pedro, á quien el Pastor supremo dijo: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas;» Pedro que vive y preside siempre en sus sucesores para estar continuamente comunicando á sus hermanos los obispos la potestad de regir las almas y estar así predicando continuamente á todas las naciones de la tierra las enseñanzas saludables de la verdad y de la caridad, con la promesa del Señor de estar con ellos todos los dias hasta la consumacion de los siglos.

La tierra entera, con sus continentes y sus islas, sus naciones y sus diversos pueblos, no es mas que una gran familia presidida por su padre ó Papa, que es el vicario de Cristo,

hasta que el mismo Cristo venga en su gloria á juzgar á los vivos y á los muertos.

Ya se esparcen algunos rayos de esta gloria sobre el universo cristiano, principalmente sobre las naciones católicas, porque Dios comienza su juicio por su propia casa. A las naciones constantes en la fé las prueba, las purifica como el oro en el crisol. Ved á Roma, ved á la Italia. En tiempo de los reyes, en el de los cónsules y en el de los Césares, desde luego en la mano de Dios una vara de hierro para quebrantar á las naciones. Esta vara es luego quebrada ella misma bajo las pisadas de mil pueblos bárbaros. Con el gobierno de los Papas, de los vicarios de Cristo, ya no es mas que un cetro de gracia para dirigir por el camino del cielo á esos mismos bárbaros hechos ya dóciles ovejas. Este báculo pasto al infante todavía miedo á los lobos y á los ladrones, mas no á las ovejas, las cuales antes bien se refugian con confianza bajo su protección en los momentos de peligro.

Hace mas de tres siglos que todos los Papas vienen siendo hijos de Roma ó de Italia, sin que por eso se quejen las naciones cristianas; porque há mas de tres siglos que todos los Papas son buenos, y aun mucho admirables, como Pio V, Pio VI, Pio VII. Los consejeros, los príncipes de la Iglesia que rodean á los Papas, esos padres de los pueblos y de los reyes, los cardenales, son elegidos de entre todas las naciones católicas, pero su mayoría es tambien de hijos de Roma y de Italia, y en lo general no son los menos santos ni los menos sabios. Todo el mundo conoce á San Carlos Borromeo, á Baronio, á Belarmino, á quienes siguen los Ciampini, los Passionei, los Quirini, el B. Gregorio Luis Barbado, obispo de Pádua, el B. José Maria Tommasi. Y esta sucesion de ciencia y de virtud no se ha interrumpido en los cardenales italianos.

Érase en 1798 tiempo de guerra en Bolonia. Un sacerdote jóven de la ciudad visitaba los hospitales militares, donde se encontró con enfermos húngaros, eslavones, alemanes y bohemios; no pudiendo confesarlos, ni atraer los protestantes al gremio de la Iglesia católica, su corazon se angustiaba y llenaba de pena. Pidió á Dios viniese en su ayuda y se puso á estudiar aquellas lenguas con el mayor ardor, tanto que á poco tiempo ya podia expresarse en ellas de modo que se le entendiese. Entonces fué recorriendo las camas de los enfermos, y confesando á unos y hablando con otros fué aumentando de dia en dia su pequeño vocabulario hasta que al fin á las lenguas principales agregó los dialectos particulares de las diferentes provincias. Luego que llegaba un extranjero á Bolonia, al momento el jóven sacerdote, á quien avisaban los fondistas, iba á hablar con él, haciale preguntas, tomaba notas y se ejercitaba en las diversas pronunciaciones. Unos sabios jesuitas españoles, portugueses y mejicanos que se hallaban en Bolonia le habian enseñado no solo las ciencias sagradas sino tambien el griego, el hebreo, el caldeo, el samaritano y sus lenguas nacionales. Cuantas gramaticas y diccionarios veia, otros tantos procuraba adquirir. Si pasaba por Bolonia algun extranjero instruido, el jóven sacerdote procuraba entrar en relaciones con él, iba á verle á menudo y le acompañaba, y no se separaba de él hasta haber aprendido las dicciones propias y los modismos particulares de su lenguaje, principalmente la pronunciacion, para la cual habiale Dios concedido órganos muy flexibles y una lengua muy espedita. La ciudad de Bolonia nombró á nuestro jóven sacerdote profesor de lenguas en su universidad. Los Papas le llevaron á Roma y emplearon sus maravillosos talentos en bien de la Iglesia universal. Hablamos del célebre cardenal José Mezzofanti, que nació

en Bolonia en 19 de setiembre de 1774 y murió en Roma en 4 de marzo de 1848.

Era una políglota viva y universal. En 1846 sabia *setenta y ocho* lenguas con sus diferentes dialectos; y no solo las sabia, sino que las hablaba casi todas de corrido y con la mejor pronunciacion, las escribia con sus respectivos caracteres y hasta componia en ellas poesias. Y no solamente sabia las lenguas de todas las naciones conocidas, sino tambien su historia y su literatura. Decia de memoria los mas bellos trozos de la literatura francesa, alemana, española, portuguesa, inglesa, polaca, húngara y rusa. En el colegio de la Proraganda, en el que hay seminaristas de cincuenta lenguas diversas, el cardenal Mezzofanti conversaba con cada uno de ellos, no solamente en su propia lengua, sino en su su dialecto particular. En 1837 llegaron á dicho colegio algunos jóvenes albaneses de Scútari, de Sapia y de Antibari. Se acudió al cardenal para que los confesase, pero respondió que no conocia su lengua, pues nunca habia tenido ocasion de aprenderla; pero que si se le podia proporcionar una gramática y algun otro libro, á los quince dias estaria ya en disposicion de confesarlos. Mas no necesitó tanto tiempo, pues á los doce dias confesó ya á todos. Y cuenta que no era un idioma fácil, pues el cardenal reconoció que, á escepcion de algunas palabras griegas, turcas é ilíricas que en él se habian deslizado, el albanés es un lenguaje aislado en medio de las grandes familias de lenguas comunes y no tiene semejanza alguna con las lenguas vecinas de Europa y de Asia. Pero como durante mucho tiempo se tuvo por solitarios al húngaro y al vascuence, hasta que se descubrieron las afinidades del primero con los dialectos finés y ouralianos, y del segundo con el antiguo egipcio ó copto, así el albanés, pensaba el cardenal, quedará tal vez aislado hasta que los sa-

bios lleguen á conocer las antiguas lenguas pelásgicas de donde ha podido traer su origen. El cardenal Mezzofanti ha dejado manuscrita una especie de anatomía comparada de las principales lenguas de Sem, Chem, y Jafet, de la cual resulta un tronco comun del que todas han germinado y propagádose en otros idiomas mas ó menos conformes entre sí (1). —Lo que el cardenal Mezzofanti era para las lenguas, otro cardenal lo será para la erudicion.

Ya hemos visto en esta Historia á los oratorianos de Italia, á los jesuitas de Flandes y á los benedictinos de Francia, con varios religiosos de otras órdenes, publicar una serie gigantesca de obras preciosas, que comprenden los anales de la Iglesia, las vidas de los Santos, los escritos de los PP. y de los teólogos mas recomendables. Esta coleccion inmensa se está en nuestros dias completando en Roma por las colecciones vaticanas. La primera salió de 1828 á 1838 con el título de *Autores clásicos*, diez volúmenes en 8.º; la segunda salió de 1825 á 1838 con el título de *Nueva coleccion de autores antiguos*, diez volúmenes en 4.º; de 1839 á 1840 se publicó la tercera con el título de *Spicilegio romano*, diez volúmenes en 8.º. Estas tres colecciones, á la que seguirá la cuarta, publican por la primera vez los escritos de cerca de trescientos autores latinos, griegos, armenios, siriacos, coptos, algunos de los cuales eran enteramente desconocidos. En estas numerosas obras, opúsculos y fragmentos, hasta entonces inéditos, los hay muy importantes para la historia de la Iglesia y la defensa de sus dogmas, particularmente contra los griegos cismáticos. Por ejemplo, entre las obras nuevas de Focio hay un cuerpo de derecho canónico, en

(1) *Civiltà Cattolica*, núm. 41. Diciembre de 1851.

el que se citan hasta por tres veces los cánones del concilio de Sárdica en los cuales se reconoce el derecho de apelacion al Papa. Cuando se considera que estas tres ó cuatro colecciones, cada una de diez volúmenes, y de obras tan diversas, se publican casi al mismo tiempo, es natural se figure cualquiera que están trabajando para ello sin descanso tres ó cuatro congregaciones de benedictinos y de jesuitas; pero es el caso que estas tres ó cuatro congregaciones están reducidas á un solo hombre, á un italiano, á un sacerdote de Milan, al cardenal Angel Mai. Ciertamente si se hubieran reunido los lingüistas de todas las academias de Europa, no habrían sabido entre todos hablar tantas lenguas como hablaba por sí solo el cardenal Mezzofanti; del mismo modo, si se reuniera todo lo útil y nuevo que desde 1825 han publicado los sábios eruditos de Europa, no podría ponerse en parangón con lo que ha publicado por sí solo el cardenal Mai.

Sabemos que la Iglesia católica es el reino del cielo sobre la tierra para hacernos entrar en una sociedad eternamente feliz con Dios y con sus ángeles fieles. Pues bien, de tres siglos á esta parte, no hallamos ningun país católico que haya dado tantos Santos al cielo como la afortunada Italia. Hé aquí solamente los principales: El Santo Papa Pio V, San Carlos Borromeo, San Felipe Neri, San Felix de Cantalicio, el B. Reynier, San Serafin de Monte Granario, San Francisco Caracciolo, Santa María Magdalena de Pazzis, Santa Catalina de Ricci, San Andrés Avelino, el B. Pablo de Arezzo, el B. Alejandro Sauli, San Luis Gonzaga, el B. Hipólito Gilanti, San Camilo de Lelis, la B. María Victoria Foruari, San Jacinto Mariscotti, la B. Juana María Borromi, San José de Leonisa, el B. Lorenzo de Brindis, el B. cardenal Barbadigo, el B. cardenal Tommasi, el B. Nicolás de Longobardi,

San Francisco de Gerónimo, San José de Cupertino, el B. Bernardo de Corleon, el B. Bernardo de Offida, el B. Buenaventura de Potenza, San Pacifico de San Severino, el B. Tomás de Cora, Santa Verónica de Julianis, San Juan José de la Cruz, el B. Angel de Acri, el B. Crispin de Viterbo, el B. Leonardo de Porto Mauricio, San Alfonso de Ligorio.

Y esta tierra bendita de Dios, la Italia, no cesa de producir Santos. Aun hoy, 1852, entre las causas pendientes de beatificación y de canonización está la del Venerable Gaspar de Búfalo, nacido en Roma de padres honrados y piadosos el 6 de enero de 1786 y fallecido en la misma ciudad el 28 de diciembre, día de los Santos Inocentes, de 1837. Aun en su infancia nada tuvieron de pueril sus acciones, y solo se complacía en lo que veía practicar para dar culto á Dios, entreteniéndose en hacer altaritos y en imitar las ceremonias santas en compañía de otros niños á quienes procuraba enseñar, principalmente con su ejemplo, el temor de Dios y el respeto á sus padres. Llegado que hubo á la adolescencia, edad tan peligrosa, conservó igualmente su inocencia con la no interrumpida guarda de sus sentidos, con las obras de piedad, con la frecuencia de Sacramentos y con una asidua aplicacion, en especial á las ciencias sagradas, alabando y amando á Dios con todo su corazón; así es que deseoso de entregarse únicamente al Señor, saltó de gozo como un gigante al emprender su carrera, cuando fué juzgado digno de ser asociado á la herencia del Señor. En este santo estado desplegó una habilidad particular para instruir en la Religión cristiana á los pobres y á los niños, á quienes buscaba con el mayor cuidado y perseveró constantemente en este ministerio por el anhelo que tenia de la salvacion de las almas. Cuando Pio VII regresó de su cautividad le escogió preferentemente para confiarle

la direccion de las misiones que habia dispuesto se hiciesen en todos los Estados Pontificios. Para estender y perpetuar sus frutos saludables, el piadoso Gaspar, de acuerdo con el Pontífice de santa memoria que acabamos de mencionar, instituyó una congregacion de misioneros con el título de la Sangre preciosísima del Divino Redentor Jesus. Mas de doce casas fundó durante su vida, la cual consagró enteramente á los trabajos del apostolado y se vió autorizada con varios milagros. En el mes de enero de 1852, segun el dictámen de la Sagrada Congregacion de Ritos, el Papa Pio IX le decretó el título de Venerable (1).

Nuestro Señor dijo continuamente á sus discípulos: «Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia y todas estas cosas (las de la vida presente) se os darán por añadidura.» Creemos que de tres siglos á esta parte la Italia busca mas que ninguna otra nacion el reino de Dios y su justicia por medio de los Papas, de los cardenales y de los Santos, que no cesa de dar á la Iglesia. Así tambien vemos á Dios, á este primer bien, el mayor de todos, á esta primera gloria, la mayor de todas, sobreañadir todo cuanto una nacion cristiana puede desear razonablemente en este mundo; la gloria de los combates, la gloria de las letras, la gloria de las ciencias y de las artes, con una vida pacífica y tranquila, empleada generalmente en buenas obras, esperando la bienaventurada eternidad y la venida gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo. En una palabra, cuanto puede concebirse bajo la idea de civilizacion cristiana Dios lo concede á Roma y á la Italia, sin contar con que el suelo mismo del país es un jardín de delicias.

No inventamos nada. En el curso de esta

historia hemos visto á la antigua Roma con ocho siglos de combates destrozár á todos los imperios anteriores, hacer juntar sus restos y prepararlos materialmente por su unidad política al imperio divino del Cristo, á la unidad espiritual de las almas. Esta unidad mas elevada y sublime vemos á la Roma cristiana establecerla y conservarla por espacio de diez y nueve siglos de combates contra todas las puertas del infierno, el paganismo, las heregias, los cismas, el anticristianismo de Mahoma, la impiedad y la incredulidad moderna. A Roma cristiana y á sus cruzadas debe la Europa su libertad, su independencia y su civilizacion; testigos son de ello el Egipto, la Siria y Constantinopla que separados de Roma por el cisma y por la heregia, se embrutecen bajo el alfanje de los musulmanes....

Ciertos moderados hablan de una época de renacimiento literario. Esto podrá ser verdad respecto de ciertos pueblos; mas no lo es respecto de la Iglesia romana, porque donde no hay cesacion de vida no hay resurreccion. La Iglesia romana está siempre viva, y siempre hablando, desde el siglo de Ciceron hasta nuestro siglo, y tenemos sus principales discursos en todas las épocas. Leed pues las epístolas de los Papas desde San Pedro hasta Pio IX. Leed las cartas auténticas y originales de sus Julios, de sus Dámasos, de sus Celestinos, de sus Leones, de sus Inocencios, de sus Gregorios, de sus Simacos, de sus Hormidas, de sus Bonifacios, de sus Gelasios, de sus Alejandro, de sus Benedictos, etc., cartas dirigidas á los reyes y á los pueblos, á los obispos y á los concilios, en especial á los concilios ecuménicos, á estos Estados ó Cortes generales de la humanidad cristiana; siempre y en todas partes hallareis el lenguaje de Ciceron en sus tratados de las leyes y de la república, un lenguaje digno de la magestad romana, un lenguaje digno de los

(1) Véase el decreto del 13 de enero de 1852.

cónsules y del Senado romano. Ciertos católicos sobre todo harán muy bien en ser mas reservados en sus juicios acerca del estilo de los escritores sagrados; porque hemos visto mas de una obra hecha por protestantes, los cuales demuestran que la mayor parte de las locuciones que tratamos de solicismos, de barbarismos y de hebraismos, son locuciones comunes á los mejores escritores de la Grecia, que hay una notable semejanza de estilo entre San Pablo y Thucydides, y que Homero merece el titulo de *hebraizante* por la semejanza de su estilo con el de la Biblia.

Ya hemos dicho que la historia de la Iglesia es en nuestro concepto el juicio de Dios en primera instancia. Así para dar testimonio á la verdad diremos: si por cierto, especialmente de tres siglos á esta parte, Roma con la Italia está á la cabeza de todas las naciones en todo lo concerniente á lo verdadero, á lo bueno y á lo bello; pero está á la cola de ellas en lo concerniente al error, al mal, á lo horrendo. Las pruebas de lo primero las hemos ido viendo de época en época; las pruebas de lo segundo, las estamos viendo ahora mismo en la revolucion italiana. Esta revolucion nada tiene de original ni de propiamente italiano, si no es el ser una repetición burlesca y póstuma de las revoluciones de Alemania y de Francia. El presbítero Gioberti, que ha sido el misionero piomontés de ella, no es mas que un copista polichinela de Lutero. Vimos al monje apóstata de Witemberg comenzar la guerra contra la Iglesia de Dios con una série de noventa y nueve tesis contra los *escolásticos*, comprendiendo en su sentir bajo este nombre á todos los obispos, á todos los Papas, á todos los PP. de la Iglesia que reconocen la bondad de Dios y el libre albedrío del hombre, y esto para sustituir en su lugar el dios malo y el hombre-bruto de Mahoma. El presbítero Gioberti, para llegar al mismo fin,

comienza por folletos, por libros *contra los jesuitas*. Todos saben ya que hoy el mundo entiende por jesuitas, no solamente á los dignos hijos de San Ignacio, sino tambien á todos los fieles, á todos los sacerdotes, á todos los obispos católicos que tienen celo por Dios y por su Iglesia, que aman á Jesucristo y á su Vicario. Así los ligurianos son jesuitas, y jesuitas tambien los maristas, los pasionistas, los filipenses, los franciscanos y los capuchinos, resucita los en Francia; y hasta serán jesuitas, y quizá mas que los jesuitas en persona, los dominicos mismos de Italia si, como esperamos, por los esfuerzos de nuestro querido compatriota el P. Jandel vuelven generalmente á recobrar el espíritu de Santo Domingo, el celo, la piedad y la ciencia de Santo Tomás. Pues bien, Gioberti entiende las cosas lo mismo, mismísimo, que el mundo. Bajo el nombre de Jesuitas, como Lutero bajo el de escolásticos, comprende á los fieles católicos de todos los lugares y de todos los tiempos, seculares, sacerdotes, monjes, obispos y Papa. Su jesuitismo es un sinónimo trasparente de catolicismo. Pasaja hay de su *Jesuita moderno* en el que se lamenta de que todo el mundo es jesuita en Italia, sin exceptuarse él mismo, porque pone por titulo del párrafo: *todos somos jesuitas* (1). Lo cual, si quiere decir que todos somos religiosos de San Ignacio es evidentemente falso; pero leed: «*todos somos católicos*,» y entonces es evidentemente verdadero. Gioberti, pues, llama jesuitismo en Italia á lo que en la Alemania y en la Inglaterra protestante se llama papismo ó romanismo, y en Francia ultramontanismo ó catolicismo puramente romano. Por consiguiente, decir con Gioberti el jesuitismo, con los protestantes el papismo,

(1) *Gesuita moderno*, t. 4, c. 15, p. 628. Acerca de las obras de Gioberti véase la obra del P. Curci, intitulada *una Divinazione sulle tre ultime opere di Vincenzo Gioberti*.

con otros el ultramontanismo, es un monstruo que trabaja poderosamente en destruir el verdadero cristianismo entre nosotros, es una misma cosa.

El abate Gioberti concluye de ahí que es menester restaurar las creencias católicas y poner á la moda el catolicismo, *desenvejeciéndole* y despojándole de las antiguallas y ranciasidades jesuíticas (4). El reformador piomontés tiene buen cuidado de indicar cuáles son esos abusos enormes que hay que corregir. En primer lugar, los ánimos están en nuestro siglo muy frios para las ideas políticas, muy indiferentes para la felicidad terrenal, muy propensos á inocular la tierra al cielo, lo cual es incoacilable con la moral del Evangelio; por lo tanto es menester enseñar á amar los placeres y las riquezas. En segundo lugar, los pueblos modernos fijan mucho su atención en la legitimidad de sus soberanos; por tanto es menester enseñarlos á que antes de todo examinen de qué manera gobiernan. En tercer lugar, los clérigos se distinguen mucho de los legos por el vestido, lo cual huele á edad media; por tanto valdrá mas que aquellos se vistan como los seculares de su tiempo para que así puedan imbuirse mejor de su espíritu. Item, los religiosos son demasiado obedientes á sus superiores; por tanto, no deben obedecer sino cuando estén convencidos de que el superior es mas sabio que ellos. En cuarto lugar, los cristianos de nuestros días se dan demasiado á la oración, á la meditación, al rezo, á la frecuente comunión, á las devociones de tríduos ó de novenas, y al culto de la Santísima Virgen; y el reformador subalpino prescribe que de todo esto se haga lo menos posible: no se dirá misa tan á menudo, y nunca dos en un día; no se comulgará mas de

una vez al año, segun el reverendísimo Padre de la Iglesia á la moda, Luis Ariosto, tan recomendable por la moral de su *Orlando furioso*. Por último, los católicos del siglo actual se entregan sin ninguna moderación á los ayunos, á las abstinencias y cilicios; el reformador prohíbe espresamente todas estas maceraciones de la carne como exageraciones de la edad media. Cuando hayan sido reformados todos estos abusos, la Italia será libre, estará á la moda el catolicismo y la Iglesia despreñida de las chocheas jesuíticas (4). El catolicismo reformado de Gioberti no será ya católico ó universal, sino nacional, y tiene buen cuidado de decirnos desde luego que el jefe de episcopado francés lo será el arzobispo de Paris (2).

Para conocer mas y mas el espíritu y el fin del reformador piomontés, conviene considerar sus simpatías y sus antipatías. Él elogia á Mahoma, á Lutero y á Socino, jefe de los modernos apóstatas que niegan formalmente la divinidad de Jesucristo y que comunmente son llamados socinianos; hace el panegírico del lateranismo, del jansenismo, del filosofismo, del josefismo; tiene elogios para el apóstata Strauss, para el apóstata Ronge; para Strauss, profesor de exegesis protestante que pone en duda hasta la existencia histórica de Jesucristo; para Ronge, mal sacerdote, que ha querido forjar un catolicismo alemán y cuya empresa acabó por abortar en el cieno. En Francia, en Paris se habia formado una secta de nuevos gnósticos con el nombre de falansterianos, de infantinianos y de sansimonianos, para establecer el culto de la carne, la religion de los desórdenes; y el reformador piomontés llama á esta secta impura un don de Dios (3).

(1) Curci, *Divinazione* etc. c. 7, p. 74-78.

(2) *Ibid* p. 63, en la nota.

(3) *Ibid*. c. 8.

(1) Curci, *Divinazione* etc. 2, p. 71. c. 7.